

El motivo de hoy

UN BUEN CUARTO DE HORA CON BATISTA

por Virgilio Ferrer Gutierrez

— 1 —

¿Hora. Tres de la tarde. ¿Sitio? Antesala del despacho presidencial. Allí, frente a una interpretación de la famosa entrevista de "La Mejorana"—debida a Hernández Giro—charlan en grupo animado el Embajador, ex-Ministro de Estado y Presidente de la Sociedad Colombista Panamericana, Miguel Angel Campa; Julián Martínez Castells y Guillermo de Zendegul, director y secretario de la propia institución; el senador Emeterio S. Santovenia, Presidente de la Academia de la Historia; los profesores Elena López y Herminio Portell Vilá; el Historiador de la Ciudad, Emilio Roig de Leuchsenring; el Director del Archivo Nacional, Joaquín Llaверías; el de la Biblioteca habanera, Fermín Peraza; el intermunicipalista José Luciano Franco, y quien esto escribe...

Cerca de nosotros, febrilmente, laboran los pintores que están restaurando—remozando, mejor—la mansión palatina, en vísperas del 20 de Mayo: dí. de salutations, frasecitas y genuflexiones; discurso del Decano del Cuerpo Diplomático, Monseñor Caruana, Nuncio de Su Santidad, y protocolar respuesta del Primer Magistrado cubensis, etc.

Y raudamente, sobre la roja alfombra que conduce al despacho del Ejecutivo, se desliza—llevado por la sombra esférica y protectora del Presidente del Senado—el exmiembro de ese Alto Cuerpo y recién estrenado líder auténtico oriental, Luis Caffias Milanés.

— 2 —

Las manecillas del reloj—por no ser otra su función—siguen girando. Campa recuerda sus días de México y las interpretaciones torcidas que se dan a las actitudes históricas de hombres que, por no haber muerto, están en disposición de defenderse y poner las cosas en su punto. Franco nos habla de su próximo viaje a Washington. Blanco Herrera, derrumbado en un butacón,

piensa y aguarda. Un agente de propaganda de cierto diario porteño, trata de ver a Martí. Otro señor—de un parecido tal con Berenson; el amigo de Hamilton Fish, que hace a varios pensar que se trata de él se abraza al maletín que descansa sobre sus piernas, y obliga a Castells a escorarse sobre Santovenia. Y Luis F. Almagro—el representante auténtico que denunció fraudes y hechos y enjuició agradamente a sus correligionarios—habla con el canchero situado en el pasillo que conduce al sitio donde sueñan con llegar—¡por lo menos!—seis siboneyes, que quieren hacer Patria!

El Capitán Rodríguez Alonso—edecán de guardia: juventud, cortesía y "savior faire"—va y viene. Y con reiteración amistosa deja escapar de sus labios la frase que es sedante: —Enseguida serán recibidos por el señor Presidente... (Rengueante pasa hacia su despacho de Jefe de Consultoría, el ex-Ministro de Hacienda, Ricardo Ponce).

— 3 —

Hace unos días—el pasado martes 28—yo escribí: "A la firma del Presidente está ya la ley que hace viable un viejo anhelo: la construcción del Archivo Nacional. Vale decir: la desaparición del edificio—hay que llamarlo de algún modo—que hoy ocupa. Y la sustitución de sus maderas carcomidas, sus pisos deshechos, sus cimbreantes escaleras y sus techos que amenazan con desplomarse, por paredes resistentes, férreas vigas y anaqueles modernos a prueba de incendio".

Y hube de agregar: "Por cierto que el general Batista—que desde el principio demostró su simpatía hacia la ley del Archivo—debía, para sancionarla, trasladarse al actual edificio. Y allí—en una de las destartaladas mesas en que laboran Llaверías y sus abnegados auxiliares—estampar su firma. ¡Acto que sería simbólico, estimulante y promisorio...!

Y he aquí que al ser hecha tal invitación al Presidente por el historiador Santovenia, Batista — jubiloso—aceptó. Anunciando que el



c

2

próximo jueves día 7—a las 11 de la mañana—se trasladará al Archivo, para allí, rodeado por los intelectuales que tan tesonosamente han laborado en pro de la ley del Congreso que hubo de votarla, ordenar su ejecución.

— 4 —

Enfundado en un "dril 100" fulgurante; en la "boutonniere" la roseta septembrina; centelleante en el anular izquierdo la amatista simbólica; sonriente y efusivo, aparece —al abrirse la puerta color marfil— el Primer Ciudadano.

Y, tras los saludos, llevándose las manos a los bolsillos de su americana, clavando los ojos vivaces en las punteras de sus zapatos, dice: —Antes que ustedes hablen, quieren manifestarles que—de antemano—no están complacidos. Será un honor para mí, continuando mi política de construcciones, dar a Cuba el Archivo...

Y, continuando el monólogo: —Al principio pensé que podría ser instalado en el Morro, nuestra histórica fortaleza. Los expertos en estas cosas me hicieron comprender que la excesiva humedad dañaría los documentos que en el Archivo se guardan. Así que, conteste con ustedes, me trasladaré la semana próxima, el jueves, donde el capitán Liaverías para sancionar la ley que hace viable ese sueño, cuya realización tanto se ha aplazado. (Toma un bloque en sus manos y, con un lápiz hace unos signos para mí cabalísticos).

El cambio de impresiones se aviva. ¡No podía ocurrir menos estando, en un despacho de 10 por 5, trece cubanos reunidos!

La charla se generaliza. Bajo el signo de la cultura—y en un clima de democracia—se hacen sugerencias. Y Batista vuelve a hablar:

—Estoy vivamente interesado en edificar, igualmente, la Biblioteca y el Museo. Dentro de poco—a la mayor brevedad—serán iniciadas las obras de la Plaza Cívica donde será alzado el monumento a Martí. Por cierto que aún no he visto las maquetas, por temor—lo confieso— a que, con esa suspicacia tan nuestra, alguien se deje decir por ahí, después de mi visita y cuando el fallo sea anunciado: —Claro, ese proyecto que premiaron es el que más le gustó a Batista...

Se le insinúa lo conveniente que sería trasladar el Museo al Convento de San Francisco, donde actualmente está instalado el Ministerio de Comunicaciones. Y construir para este un edificio "ad hoc", cerca de los muelles de la Terminal. Y alguien señala que allí hay unos terrenos de los Ferrocarriles que éstos no utilizan, y que—por la ley—no pueden vender, pero que sí pueden ser expropiados. (Alonso Pujol no acierta a tirar el fósforo que humea entre sus manos. Y construir el Palacio de Comunicaciones con un costo aproximado de \$300.000. (El Presidente, instintivamente, se lleva la mano izquierda a la cabeza).

Además, el realce arquitectónico que daría a la zona donde está precisamente enclavado Palacio, la demolición del maloliente Mercado del Polvorín—terreno palmariamente demostrado que es del Estado y no del Municipio—para alzar en él la Biblioteca.

Y el Presidente, bañando su rostro en una sonrisa, acota: —Exactamente, así recibiríamos aquí en Palacio aires de letras!

— 5 —

La retirada se inicia. (Alonso Pujol—hombre de mucho fósforo—, al fin, logró deshacerse de la cerilla). "Shake hands" enérgicos de Batista. Una invitación en forma de promesa y, acaso, de mandato: —Tenemos que volver a conversar sobre estas cosas. Y una frase final: Bueno, señores, sé que se van contentos: como muchachos con juguetes nuevos! (Y de labios d: Campa, brota el complemento: —Gracias por lo de muchacho, Presidente!)

En la antesala, cuando nos marchamos, continúa Blanco Herrera. Sigue el presunto amigo de Hamilton Fisch. Y siguen—porque no tienen otra cosa que hacer—dando vueltas las manecillas del reloj...

V. F. G.

*Prensa Libre
Marzo 2/42*



DOCUMENTAL